

Polifemo

Tal vez ha soñado. Probando la lengua pastosa y la cabeza inflada, el gordo repelente repasa la cantidad de botellas que recuerda haber abierto. Una, dos. ¿Tres? La sospecha se acentúa cuando intenta levantarse y el piso de madera se niega a sostenerlo. El cuerpo deforme cae lenta, estúpidamente. Mientras deja que el impacto se asiente y junta fuerzas para volver a pararse, repasa: una botella, dos, tres. ¿Cuatro? Es posible. Una panza brama. Es la suya.

Hace años que no sufre resacas, sólo este enajenamiento temporal sobre su cuerpo y su memoria. Vive casi todas sus mañanas desde afuera de sí mismo, operándose como una marioneta grotesca, recibiendo el mundo a través de un periscopio. Huele el humo de cigarrillo, el calor corporal, la humedad. Quiere abrir el tragaluz, y su carne se apila para obedecer. En la antena de la terraza de enfrente, el nido está vacío. La familia de chimangos estará planeando por ahí, buscando pajaritos enfermos, ratas muertas y murciélagos deslumbrados. El gordo saca medio cuerpo por la ventana y retuerce el torso mórbido para afirmar su ojo en el cielo. Demasiado nublado para deducir la hora. El cuerpo se balancea un poco. Si pierde pie, caerá siete pisos, se romperá y quedará ahí, en el pulmón de manzana, abajo del ombú y encima de toda esa basura. Alguien hallará este cuerpo, lo identificará, alguien logrará forzar la puerta de la casa, traspasar las montañas de objetos viejos, golpeados y rotos, notar la única mesa limpia con la única lámpara sana, encontrar la libretita telefónica y llamar a algún número. El cuerpo caído será muchos inconvenientes para alguien. El gordo retrae el torso con cuidado. Una panza brama.

La heladera quedó abierta. Apenas. Suficiente para que la soda transpire, la leche se cuaje, el fiambre se seque, y ahí, en la bandeja de plástico con restos de carne y puré, se agiten las hormigas. Los insectos enfilados forman una arteria tensa y vibrante entre la comida y un agujero diminuto entre la mesada y los azulejos. De ese vacío imprevisto sale otra arteria que va al frasco casi vacío de azúcar, y otra más, que lleva a los animalitos a los platos sucios de la pileta. Insaciadas, insaciables. La ansiedad frenética es lo que las ordena y lo que las hace patéticas. Su exaltación no es entusiasmo ni apego a la vida -los cadáveres se acumulan en la borra de café y en gotones de salsa- es rastrerismo, obsecuencia ante el imperio universal del movimiento perpetuo. Lejos de la nobleza paciente de la araña y de la astucia del piojo, la naturaleza de la hormiga es abyecta y servil. Con estos y otros insultos dirigidos al mundo y a sí mismo, el gordo saca la bandeja y la pone en la mesada, dejando una fila trunca de hormigas desorientadas. Mata con el pulgar a algunas, que en otra circunstancia habrían surcado en ciega marcha su cadáver inflamado. Todos los seres conviven con sus presas y sus predadores, piensa el gordo, y prueba una hormiga muerta. O se comen a sí mismos, piensa. Junta puré con un dedo, adhiere cinco hormigas, lo traga. En pocos minutos devora el puré, la carne y varias docenas de hormigas. El grito lejano de un chimango punza el instante, deja un escalofrío y un silencio más pesado.

Ahora que vuelvo a mi cuerpo, a mis manos engrasadas, a mi lengua pastosa; ahora que escucho el eco de mis propios insultos y el asco y un latigazo de ardor vengativo en el esófago; ahora sí puedo decirlo en la voz que quiera: desde que te fuiste, en esta cueva inmunda ni siquiera hay nadie.